

que vamos á escribir, y que ninguna pasion mezquina será el móvil de nuestros conceptos, por mas que Salm se haya hecho acreedor á lo contrario.

Haremos notar que desde el momento en que nos hemos propuesto la ejecucion del trabajo que hoy nos ocupa, hemos formado la resolucion de ceñirnos absolutamente á refutar aquella parte de las Memorias en que campean la impostura, la parcialidad y la ignorancia, haciendo una completa abstraccion de la política seguida por el actual gobierno de Mexico.

El plan que hemos adoptado para analizar y refutar las Memorias de Salm, nos pone en la imprescindible necesidad de dar á nuestro relato un estilo tan cansado, tan fatigoso y tan impropio quizá, como el que sigue el autor: no se extrañe, pues, vernos retroceder y avanzar indiferentemente, hablar repetidas veces de un mismo asunto ó persona, ó referir por partes algun acontecimiento que debería escribirse hasta el fin.

I.

Origen de este opúsculo.—Breves apuntes biográficos del príncipe de Salm.—El Gabinete de Viena se niega á facilitar á Salm los documentos que segun el Emperador Maximiliano debian consultarse para escribir la historia del Imperio en México.—Salm nombrado con su señora para negociar el reconocimiento del Imperio por el gobierno de los Estados- Unidos.—Marcha de Salm á Tulancingo.—Ideas respecto al cohecho de los militares en México.—Noticias biográficas del coronel Lamadrid y el general Márquez.—Márquez y Miramon no engañan al Emperador para obligarlo á permanecer en el país.—Primeras disposiciones del Emperador para la organizacion del ejército.—Marcha del general Miramon al interior.—Toma de Zacatecas.—Derrota del general Liceaga.—Accion de San Jacinto.—Derrota de la caballería republicana en los campos de la Quemada.—Derrota de Carbajal en Querétaro.—Razones que obligan al Emperador á ponerse á la cabeza del ejército.—Marcha á Querétaro.—Salm en la cuesta de Pajaritos.

DESDE que en esta capital se anunciaron las Memorias de Salm, comprendimos que iba á ver la luz pública un documento tanto mas interesante, cuanto prometia el dilatado tiempo que se habia tomado el autor para formarlo. Mas aún, la sola circunstancia de haber

sido Salm una de las dos personas en quien se fijó el infortunado Emperador para que redactase la Historia del Imperio en México, lo ponía en la imperiosa necesidad de no dirigirse al público sino despues de haber aglomerado los datos mas ciertos, las pruebas mas robustas, y en fin, todos aquellos documentos sin los cuales no podria llenar jamas la dificil quanto peligrosa tarea que se le habia impuesto.

Natural era, pues, esperar que las Memorias del coronel Salm iban á resolver todas las dudas, todas las diferencias que han surgido en un asunto sobre el que, ningun escritor concienzudo é imparcial, ha llegado aún á poner la mano: pero desde las primeras páginas de dichas Memorias hemos tenido un cruel desengaño respecto de nuestras apreciaciones, y aun nos ha sido preciso hacernos un gran esfuerzo para continuar leyendo hasta el fin el fárrago de desatinos, de groseras imposturas, de pasajes de mal gusto y hasta de ignorancia en la parte militar.

El famoso príncipe de Salm Salm debia haber omitido la peregrina idea de dar á luz su biografía, por cierto nada interesante, si hubiera reflexionado que el simple relato de sus imperecederas Memorias, hacen la mas completa, la mas característica, la mas justa de cuantas podrian haberse escrito en loor de sus *talentos, valor y abnegacion*.

Nosotros, que como lo hemos dicho, no nos creemos capaces de escribir para el público, y que por otra parte, nos es absolutamente desconocida la historia de Salm hasta la época en que llegó á México, tenemos

que confesar nuestra insuficiencia para escribir su biografía, si no es en el corto período de tiempo que sirvió en el ejército imperial mexicano.

S. A. el príncipe Félix de Salm Salm, es un hombre de cuarenta á cuarenta y dos años, de estatura mediana, robusto, ojos pequeños de mirada inquieta, modales bruscos y pesados, y por demas antipático. Como desconocia casi enteramente el español, y como ademas, su aire pretensioso y altanero lo hacia odioso á todos sus camaradas mexicanos, era raro verle en alguna reunion ó frecuentar algun amigo. Como él mismo lo dice, despues de sus *hazañas* en la guerra de los Estados Unidos del Norte y puesto en receso como consecuencia de la paz en aquella República, *S. A.* se vió en la dura necesidad de pasar á México provisto de sus abundantes *cartas de recomendacion* á mendigar un empleo, que por cierto, le costó gran tiempo y trabajo adquirir en el ejército imperial. Omitiremos hacer la descripcion de las dotes militares que le adornan, porque en el curso de este relato tenemos un vasto campo en que ponerlas de relieve, y estamos seguros de que nada quedará que desear. Omitiremos tambien referir las aventuras de la princesa, y esto, por respeto al bello sexo, por mas que ellas estén sembradas de tal chiste y de tales encantos que, como en la que figura el *consentido falderito* Jimmy (páginas 22 y 23) merecen la pena de ser descritas. ¡Quién sabe si otra pluma menos torpe que la nuestra, se encargará de obsequiar al público con la relacion de esos graciosos hechos, en que no podrá menos de realzar, como es debido, todo el

ingenio de SS. AA. el príncipe y la princesa de Salm Salm!

Antes de entrar de lleno en la cuestión, se nos ocurre una idea. Por las cartas oficiales que aparecen en el prólogo de las Memorias que intentamos refutar, se comprende fácilmente que el gabinete de Viena no tuvo jamás la idea de facilitar á Salm, ni el todo ni parte de los documentos relativos que según el párrafo 15 del codicilo del Emperador Maximiliano, debían ser consultados por las dos personas á quienes S. M. encargó escribiesen la parte histórica de los tres años de Imperio en México. Ahora bien: ¿cuáles pueden haber sido los motivos que impelieron al Emperador de Austria á semejante negativa? ¿Será que no se juzgó á Salm con la prudencia y talentos necesarios para esta tarea? ¿Será quizá que razones de Estado ó de conveniencia impidieron al referido Emperador de Austria dar cumplimiento á uno de los postrimeros deseos de su augusto hermano? No seremos ciertamente nosotros quienes se atreverán á emitir su juicio en este misterioso asunto.

El príncipe de Salm Salm comienza su libro después de un pequeño prólogo, con el capítulo titulado "Marcha á Querétaro."

El autor olvidó probablemente el encabezado de su primer capítulo, puesto que nos cuenta en él las dificultades tras las cuales fué admitido en la clase de coronel al servicio del ejército mexicano; su viaje á Veracruz; su enfermedad en ese puerto; el encuentro de su señora en la Habana; su regreso á la capital, y en

fin, otras mil circunstancias ajenas enteramente al objeto que se propuso.

Afirma que se le confió la difícil misión de negociar con el presidente de los Estados-Únidos el reconocimiento del Emperador Maximiliano, y que la elección recayó en su persona á causa de las relaciones que los unían á él y su esposa con el presidente, los senadores y el congreso, llevando consigo para los gastos que pudiesen ofrecerse, dos millones de pesos en oro. Esta versión es falsa: en primer lugar, las personas elegidas para aquellas negociaciones, lo fueron el Sr. Degollado y el teniente de navío de la marina austriaca conde de Ressequi; en segundo, porque la noticia de la enfermedad de la Emperatriz no se recibió sino hasta mediados de Octubre, es decir, tres meses después de la época en que Salm dá por motivo dicho acontecimiento para la no realización de la empresa que se le había confiado; por último, las circunstancias pecuniarias no eran en esos días para poder disponer de semejante suma, como lo prueba de un modo irrecusable el estado de verdadera miseria en que se encontró el gobierno pocos meses después.

La primera expedición militar de Salm, tuvo lugar á las inmediatas órdenes del coronel Vanden-Missen, jefe del cuerpo belga, en una marcha á Tulancingo y en la que S. A., según él lo dice, no llevaba sino el simple carácter de *voluntario*. Subrayamos esta palabra para hacer notar el raro contraste que este insignificante puesto hace con el gran papel que se atribuye en las subsecuentes operaciones del cuerpo belga. En efecto'

¿qué clase de voluntario era este, que sin curarse de la obediencia que indudablemente debía al jefe de la expedición, levanta fortificaciones, organiza la defensa de la plaza, recibe partes, entra en pláticas con el enemigo y dispone como árbitro en las operaciones militares? Nosotros conocimos mucho al coronel Vanden-Missen, y es seguro que nunca pudo permitir que una persona que le estaba subalternada, le robara las atribuciones que solo á él le estaban cometidas.

En la conferencia que Salm tuvo en la Hacienda de San Nicolás con D. Braulio Picazo, manifiesta que no se ofendió de que este señor le propusiera que se vendiese por la suma de veinte mil pesos (\$ 20,000), *porque sabía que en México se hacían con frecuencia estas ofertas*. En México como en todo el mundo, se apela á estos medios indignos; pero jamas los militares honrados y leales reciben sino como un grave insulto, semejantes proposiciones. Poca debe ser en consecuencia la delicadeza del príncipe, cuando á sangre fria y *entre un puro y un vaso de coñac* olvida tan breve la ofensa mas grosera que se puede arrojar al rostro de un soldado.

Respecto de los apuntes biográficos que el autor asienta en su libro, relativamente á algunas de las personas que acompañaban al Emperador en su regreso de Orizava á México, se manifiesta tan torpe y parcial, que bien podría decirse que desconoce hasta las circunstancias mas notables de esas personas. Dice, por ejemplo, que el coronel Lamadrid era un militar apto y que tenia el mando de los Cazadores á caballo. Sin que se entienda que tratamos de negar las dotes que

adornaron á nuestro camarada el señor Lamadrid, no podemos menos de decir que jamas pudo ser un militar apto ni aun mediano, supuesto que de simple particular se le dió el empleo de coronel de auxiliares del ejército, con objeto de utilizar su adhesion por la causa y premiar de alguna manera sus antiguos servicios y sufrimientos. Este señor no mandó ningun cuerpo de Cazadores, sino únicamente la Guardia Municipal de México.

Con igual desacierto hace Salm algunas referencias relativas al general Márquez: "No tiene idea alguna, dice, de los movimientos extratécnicos. Su superior conocimiento era la organizacion de las tropas." Dice tambien, que por su crueldad es conocido generalmente con el nombre de "Alva de México." Cuantos hemos servido á las órdenes del general Márquez y aun los que no le conocen ni personalmente, saben que una de las dotes de dicho señor es la de poseer un golpe de ojo estratégico que muchas veces le ha granjeado justos elogios: por el contrario, como organizador de tropas, nunca lo hemos visto sobresalir hasta el grado de llamar la atencion. En cuanto al sobrenombre de "Alva de México," nosotros no lo habiamos oido llamar de esa manera y sí con otros muchos epítetos, dados por sus enemigos.

Segun Salm, Márquez y Miramon engañaron al Emperador obligándolo á que permaneciera en México y prometiéndole que si se apoyaba en el partido clerical y sin ayuda de los extranjeros, le garantizaban las tropas y los recursos necesarios para su sostenimiento en

el trono de México. Además, dice, que el Emperador "*conocía el carácter incapaz de semejantes promesas.*" ¿Qué fué lo que le decidió entonces á permanecer en el país? ¿Lo engañaron ó no? ¿Fueron las sugerencias y promesas de Márquez y Miramon ó las observaciones del Padre Fischer lo que obligó á S. M. á quedarse? Como se ve, las razones de Salm, á este respecto, carecen enteramente de lógica.

Esperamos que en el curso de esta narracion tendremos tiempo de manifestar cuáles fueron las principales razones que decidieron al Emperador á no renunciar el trono de México.

Pasamos ahora á hacer la descripción de las primeras disposiciones del Emperador al tomar el mando del ejército imperial, la marcha á Querétaro y algunos otros acontecimientos explicados por Salm.

Del paralelo establecido entre uno y otro relato, se colegirá fácilmente el grado de inexactitud, malicia ó ignorancia del tantas veces repetido coronel Salm.

Una vez resuelto el Emperador á permanecer en México y decidida ya la retirada del ejército francés de la manera tan poco digna, que todos saben, y verificada ya la disolución de los cuerpos austro-belgas, el Emperador organizó las pocas tropas mexicanas en tres divisiones mandadas por los generales Miramon, Márquez y Mejía, designando á cada uno de ellos la parte de territorio que debían defender y conservar.

El general Miramon salió de la capital el 28 de Diciembre á la cabeza de cuatrocientos hombres de las tres armas, con objeto de ponerse al frente de las tro-

pas que le fuera posible reunir en el Interior; pero á los pocos días de su salida tuvo noticia de que el general Gutierrez había abandonado la plaza de Guadalajara el 25 y se dirigía á Leon con algunas tropas de la guarnición. Supo también el general que las tropas que guardaban la capital de San Luis Potosí habían evacuado la plaza el mismo día 25 de Diciembre, dirigiéndose á Querétaro á las inmediatas órdenes del general Mejía. Miramon con una pequeña escolta y algunas municiones marchó á Guanajuato con objeto de tomar recursos, una parte de las tropas que allí se encontraban y algunas piezas de artillería. De este punto se dirigió á Leon con objeto de reunirse al general Gutierrez, habiendo antes combinado con el general Castillo un plan de campaña cuyo punto objetivo era la capital de San Luis.

El general Miramon no pudo obtener en Guanajuato sino cortísimos recursos pecuniarios y algunas libranzas que no llegaron á pagarse nunca. Como consecuencia de esta escasez, las tropas del general Mejía que habían sido puestas á las órdenes del general Castillo, por enfermedad del primero, tuvieron que emprender la marcha en medio de una verdadera miseria y alentadas solamente con la promesa que se les había hecho de que se les enviarían de Guanajuato los recursos necesarios, los que no llegaron jamás, á causa de haber sido derrotado el general Liceaga á inmediaciones del repetido Guanajuato.

El general Miramon llegó á Leon; arengó y reanimó á los abatidos soldados del general Gutierrez, organizó

violentemente algunos cuerpos de infantería y caballería, una batería de campaña y otra de montaña, y con una rapidez y talento que le harán siempre honor, se dirigió sobre la plaza de Zacatecas, lugar donde se encontraban entonces los principales caudillos republicanos y una respetable guarnición. Es muy generalmente sabido el resultado de esta operación militar, meditada y llevada á cabo con el mas completo éxito por el general Miramon, en muy corto periodo de tiempo.

En efecto, á la cabeza de mil quinientos hombres habiendo tomado la plaza de Zacatecas, en unas cuantas horas quitando al enemigo la mayor parte de su artillería.

Miramon, que no habia vuelto á tener noticias del general Castillo, esperaba, y con razon, que se encontraría frente á San Luis amagando á las tropas de Escobedo: no se cuidó, pues, de aquellas tropas y permaneció en su propósito de dirigirse desde Zacatecas á San Luis con objeto de atacarlas en combinacion con el general Castillo. No creemos necesario exponer aquí las robustas razones que impidieron á dicho general continuar su marcha sobre aquella plaza, y las que lo decidieron á ejecutar un movimiento de flanco en direccion á Zacatecas, donde creia encontrar al general. Por este incidente, tal vez, ó porque la noticia de lo acontecido en Zacatecas reclamara mas imperiosamente la atención, Escobedo se dirigió con todas sus tropas sobre el general Miramon, que se habia detenido en Zacatecas, para proporcionarse recursos y remover el material de guerra quitado al enemigo. La inesperada noticia del

movimiento ejecutado por Escobedo y la seguridad de no poderse resolver á librar un combate con fuerzas tan superiores en número á las suyas, lo impelieron á evacuar violentamente la plaza con el fin de unirse al general Castillo por medio de un rodeo. Pero era demasiado tarde: la retirada tomó, como era natural, un carácter muy difícil: amenazado de cerca por los flancos y retaguardia, se vió en la necesidad de detenerse á inmediaciones de San Jacinto, sin tener casi tiempo de ponerse en actitud de defensa. El ejército republicano se arrojó sobre sus reducidas y fatigadas tropas, que fueron derrotadas y prisioneras.

Desde que las tropas del general Castillo se encontraron á la altura de la villa de San Felipe, al dirigirse rumbo á San Luis, un considerable número de caballería enemiga las seguia muy de cerca, de manera que era preciso caminar con grandes precauciones. Salvado de la manera que acabamos de decir el general Miramon, despues de la derrota, y reunido al general Castillo en Ojuelos, se emprendió la retirada á Querétaro, seguido siempre por el grueso de la caballería enemiga. Desde la salida de San Felipe, pudo comprenderse que el enemigo intentaba atacarnos de un modo formal y no quedó duda de que así iba á verificarse al llegar á inmediaciones de la hacienda de la Quemada.

Seria por demas describir el reñido combate que tuvo lugar en aquel punto; baste decir que las tropas republicanas fueron acuchilladas por nuestra caballería despues de un combate de pocas horas.

Ese dia, 4 de Febrero, nuestra pequeña brigada debió

haber sido puesta en completa derrota á pesar del indomable valor de nuestros soldados, si el enemigo hubiese ocupado con un pequeño destacamento las alturas en que se encuentra situada dicha hacienda.

Casi simultáneamente el general Mejía derrotaba en Querétaro las fuerzas de Carbajal, que alentado por la circunstancia de no haber sino una pequeñísima guarnición intentó apoderarse de la plaza.

Al estruendo de estos combates y á la vista de esta situacion, se verificaba la retirada de ese ejército frances lleno de lodo y de vergüenza y execrado por todos.

Bajo estas circunstancias y con motivo de estos acontecimientos, fué cuando el Emperador Maximiliano resolvió marchar á ponerse al frente de los pocos pero leales soldados que le quebaban. Se dice que S. M. se decidió á dar este paso, instigado por los Sres. Lares y Márquez, quienes le afirmaron que su sola presencia daria nuevos bríos á las tropas, y que la campaña que se iba á emprender seria solamente una série de victorias, una marcha triunfal, un camino de flores. Nosotros nos atrevemos á decir: que el Emperador no miraba las cosas bajo el prisma color de rosa de los que así le aconsejaban, y que mas bien, un verdadero motivo de delicadeza, uno de esos rasgos de abnegacion y de grandeza tan peculiares á su carácter, lo impelió á aceptar semejante necesidad. Agregaremos, que respecto al general Márquez, su principal objeto al instigar al Emperador á tomar el mando del ejército, fué solamente privar del mando referido al general Miramon

y nulificarlo. De este modo quedaba Márquez como árbitro de los destinos del país.

Por el cuadro que, aunque á grandes rasgos, acabamos de bosquejar, se verá la completa ignorancia de Salm, al hablar con respecto á las operaciones militares llevadas á cabo por el general Miramon; la inexactitud de sus palabras al llamar ejército á la pequeña brigada que estaba á sus órdenes el dia que fué derrotado en San Jacinto, y la falsedad con que asienta que dicho general fué á reunirse á Castillo y Mejía hasta la ciudad de Querétaro, siendo así que como se ha dicho, el primero de estos señores entregó el mando de su brigada en la hacienda de Ojuelos, poco despues del combate de San Jacinto.

Veamos ahora como se verificó la marcha del Emperador á Querétaro, la que se fijó para el 13 de Febrero, habiéndose guardado en lo posible el secreto de esta resolucion.

A la salida del ejército frances, el Emperador visitó personalmente las fortificaciones de la capital y el arsenal que estaba situado en la Ciudadela. Es muy generalmente sabida la punible conducta del mariscal Bazaine antes de su marcha: la línea fortificada se habia desartillado, los montajes habian sido reducidos á cenizas ó inutilizados enteramente, la pólvora y las municiones habian sido arrojadas á los fosos de la Ciudadela, y en fin, se habia procurado privar al gobierno de todos los elementos de defensa de que tanto necesitaba en aquellos aciagos dias.

El Emperador ordenó la retirada de las pequeñas

guarniciones de Toluca, Cuernavaca y Pachuca, haciendo salir al general Tavera para proteger la de la primera de estas poblaciones: ya se sabe como cumplió este distinguido general la orden que se le habia dado, sobre todo en el difícil paso del Monte de las Cruces.

Organizada hasta donde lo permitian las circunstancias la defensa de esta capital, S. M. emprendió la marcha á las siete de la mañana del citado dia 13 con las tropas siguientes:

ARMAS.	CUERPOS.	HOMBRES.
Artillería.	Artilleros y trenistas sirviendo 12 cañones	80
Infantería.	Guardia Municipal de México; 4 compañías	400
„	14º batallon de línea: 4 compañías.	250
„	15º „ „ „ „	400
„	Compañía auxiliares de Tacubaya.	82
Caballería	Piquete del 4º Escuadron del Regimiento de la Emperatriz	23
„	Piquete del Regimiento de Húsares	40
„	Escuadron de la Guardia Municipal.	100
„	Escuadron del 7º Regimiento	84
„	Idem del 9º id	80
„	Guerrilla Garcés	43
Total de las tres armas		1.582

6 cañones de batalla y 6 de montaña.

Acompañaban al Emperador S. E. el ministro García Aguirre, el general Márquez (que mandaba directamente la columna), el coronel Ormaechea y teniente coronel Pradillo, ayudantes de S. M.; el Dr. Samuel Basch, médico del Emperador; D. José Blasio, secreta-

rio: además un *oficial de casa* (*Grill*), un camarista, dos lacayos y tres mozos de estribo.

Durante la noche del mismo dia 13 se reunió al Emperador el general Vidaurri seguido de una pequeña escolta.

El Emperador hizo todo el camino á caballo.

La marcha durante los tres primeros dias se verificó sin otro accidente que el de un pequeño tiroteo habido entre nuestra columna y las tropas de caballería enemiga acaudilladas por Catarino Fragoso y Martinez, á la entrada de Cuautitlan. En este pueblo, el Emperador tuvo el disgusto de encontrar un dragon de la Guardia Municipal colgado de un árbol del atrio de la iglesia, acribillado de heridas y todavía espirante.

El 16 á eso de las once de la mañana, los exploradores dieron aviso de que el enemigo en considerable número se habia posesionado de las alturas que flanquean el camino en el punto conocido por "Cuesta de Pajaritos." En efecto, las tropas de Fragoso y Martinez aumentadas por otros guerrilleros, se encontraban allí para impedir el paso de nuestra columna; pero fué bastante para franquearlo desprender dos compañías sobre los flancos. Una vez llegados á la cima se notó en la llanura hácia nuestro flanco izquierdo un grueso de la caballería del enemigo formada en batalla y en actitud de combatir. Pero contra lo que era de esperarse, el enemigo huyó hácia la montaña al ser atacado por la guerrilla Garcés y un piquete de caballería á las órdenes del comandante Malburg.

No pasaremos inadvertido un hecho que hace verda-

dero contraste con lo escrito por Salm al hablar de este pequeño combate. El príncipe se encontraba en el momento de la acción cerca del Emperador, y cuando el general Márquez ordenó se cargara sobre el enemigo, *S. A.* debe haberse entusiasmado hasta la locura, pues amartillando su pistola y picando el caballo se dirigió á escape en dirección del enemigo; pero á una distancia respetable de este, se detuvo y comenzó una serie de ademanes y figuras, que no pudieron menos de llamar la atención de todos, y hasta de *S. M.*, que exclamó riendo: "¡Magnífico! Parece un cirquero ---- ¡Qué hombre tan pesado! ¡Por qué ha venido aquí? ¡Me choca! Por estas frases se traducirá la estimación que en aquella época profesaba á Salm el Emperador.

Libres de la presencia del enemigo continuamos la marcha sin incidente alguno hasta la ciudad de Querétaro, á la que llegamos el 19 por la mañana.

El general Miramon habia sido advertido de la llegada de *S. M.*, y se habian tomado todas las providencias oportunas para recibirle convenientemente. Las tropas habian formado valla desde la garita de México, y una batería de campaña situada al flanco izquierdo del camino se encontraba lista para hacer el saludo. Los generales Miramon, Mejía, Liceaga y otros varios gefes y oficiales esperaban á *S. M.* al pié de la Cuesta China. La población de Querétaro en masa esperaba tambien la llegada del soberano con marcadas muestras de regocijo. Cuando *S. M.* llegó al punto en que lo esperaban los generales, bajó de su caballo, dió la

mano á Miramon y Mejía, y habló largo rato con ellos, entretanto llegaba el general Márquez con las tropas, momento en que se emprendió la entrada de *S. M.* á la capital de Querétaro en medio de la alegría general.